

condena el alma con mayor brío y pujanza la junta de los Emperadores y Reyes organizada con objeto de oprimir al pueblo francés, redentor de la humanidad entonces. Cuando se observa que sin la revolución francesa, jamás Rusia hubiese abolido la servidumbre, ni contado con las nacionalidades que asedian hoy en las orillas del Danubio y en las aguas del mar Jónico y del mar Egeo al Imperio musulmán; que sin la revolución jamás Hungría hubiera llegado á su independencia de hoy, así como jamás hubiera constituido Austria el pacto de alianza con sus pueblos, á cuyo espíritu debe su paz y libertad; que sin la revolución, jamás Alemania hubiera tenido esa unidad, por cuya virtud ha estado cuatro lustros ejerciendo su hegemonía sobre nuestro continente, no puede uno menos de proclamar la ceguera de cuantos no aciertan á leer lo porvenir, como no acertaron el año noventa y uno del siglo pasado, los coligados contra Francia y su revolución redentora. Ya lo veremos en otros Estados también. Volvamos á la fuga del Rey.



## CAPITULO TRIGÉSIMO-OCTAVO

### La nueva cautividad del Monarca.

Con todos los esfuerzos hechos por el Rey para producir de modo artificial y premeditado la reacción, sólo invencible, cuando espontánea, volvíanse contra él, y lejos de refrenar el movimiento, lo impulsaban y lo enardecían. Por la mojiganga enviando los gentiles hombres á desalojar el Congreso, cual si los diputados fueran muebles, convirtiéndose la humildad de los siervos en la soberbia de los ciudadanos; por el cierre arbitrario de las sesiones, los Estados Generales llegaron á ser Asamblea nacional constituyente; por las cenas de los guardias conjurados contra la libertad, el Rey fué cautivo; por la fuga de Varennes, ante la Monarquía estalló una tan grande aspiración republicana, que la realeza con toda su majestad trocó su trono en cadalso, y la República, evocada de súbito, subió desde los abismos de una reprobación universal á las cumbres de un Estado democrático y nuevo. Luis XVI tenía dos caminos que seguir: ó la transacción ó la resistencia. Quiso resistir y ceder al mismo tiempo, sufriendo así todos los inconvenientes de ambos métodos. Mas narremos. Con harta lógica muestran los hechos la verdad de nuestras reflexiones. Imaginaos el asombro colectivo de París al saber la regia fuga. No se había verificado aún el divorcio entre la realeza y la plebe. París, aun el más revolucionario, quería un Rey sometido, no un Rey destronado, y menos que destronado aún, lo quería ido á hurtadillas hacia la frontera en requerimiento y busca de fuerzas extrañas que revolver contra la Constitución y la Patria. Imaginaos esos truenos prolongados y secos, resonantes arriba, y nuncios desde lejos



del espantoso descargue de próxima tormenta, imagináoslos y alcanzaréis acaso una idea del espantoso estruendo armado por París en aquel crítico día. Veían todos á una mirada y plañían todos á una voz el estado producido por tan irremediable crimen; veían y lamentaban roto el pacto entre la novísima libertad y la tradición secular; enemistados Reyes y pueblos; lanzado el gobierno al arroyo de la calle desde los altares donde resplandecía la corona francesa; patente otra recientísima traición de la corte, sólo punible, dada su enormidad, por la pena capital; soberanos los clubs revolucionarios y menguado el Congreso constituyente; la derecha é izquierda de éste divididas para siempre y enconadas de muerte; sin guía el pueblo; semejante á nave desarbolada el trono en deshecho naufragio; la revolución salida de madre; á la puerta el extranjero en armas; dentro la guerra civil, terminada, entre lágrimas y sangre, por espantosa dictadura. Quien primero supo el hecho increíble de la calaverésca escapatoria fué aquél, sobre cuyas espaldas caían las mayores y más espantosas realidades con abrumadoras pesadumbres, fué Lafayette; tras Lafayette el Presidente de la nacional Asamblea. Uno y otro, á pesar de la situación peligrosísima, en que la corte los había puesto, acudieron al remedio antes que á la queja. Uno y otro, en aquella catástrofe, ocurrieron á la reparación del agravio más que á su castigo. Uno y otro pensaron en restañar la herida cuanto fuese posible, no en recrudescerla y enconarla para ellos eximirse de la culpa y descargarla sobre los culpados. París mostró en tal momento extrañeza y asombro y disgusto y dolor; mas no mostró pánico, no cayó en uno de los terrores colectivos, tan cobardes como el miedo individual, y que se lo permiten todo en defensa de todos, y sólo se curan de su propia salvación, con los asaltados y sorprendidos, ya por las trombas de una desoladora tormenta, ya por las llamas de un voraz incendio. Guardóse la majestad popular con una grande continencia, sin desórdenes y sin tumultos, comprendiendo el pueblo en tal hora solemne cómo á disminución de aquella soberanía majestática vieja, impuesta por los siglos pasados á la razón humana y por la muerte á los vivos, se aumentaba su propia soberanía; y era necesario mostrar, no sólo que se la apropiaba, sino que se la merecía.

Por un verdadero impulso inconsciente, la opinión resultaba tripartita en su natural centro de gravedad, tan alejado del fanatismo realista como del desbocamiento revolucionario. Una parte se mantuvo firmísima en el pacto constitucional entre los derechos del pueblo y la dinastía del Monarca; otra parte quiso dar á la naturaleza y forma recientes de la monarquía nueva representación, entregando el trono constitucional á los Orleans de Francia para que fueran los Oranges de Inglaterra; otra parte, la más poderosa quizá en las muchedumbres, con toda resolución se fué al régimen republicano. La tendencia constitucional y la tendencia republicana tuvieron una duración, que nos excusa de ocuparnos en ellas durante toda esta coyuntura; pero la orleanista no tuvo ninguna ocasión como la que historiamos para imponerse á todas y resolver por algún tiempo en Francia el proble-

ma político. Mezclado el duque mucho en la pelea durante los Notables y los Estados Generales; jefe de oposición temible cuando todo pasaba en familia y no se oía la voz tormentosa y tonante del pueblo; muy odioso á los Reyes por creerlo un ladrón doméstico y un traidor familiar; deseando fundar la dinastía revolucionaria; sucesora y reemplazante de la dinastía legítima; seguidos por los corifeos de la nueva idea que le creían brecha formidable abierta en el bastión de la monarquía, y no tan seguido por el pueblo, quien veía claro cuanto de personal provecho latía en sus alardes revolucionarios; apóstata de la realeza por sus ambiciones y sospechoso á la plebe por su estirpe; las incoherencias más lógicas, las extravagancias más absurdas, las contradicciones más monstruosas, los vicios más vulgares formaban el fondo negro de tan perdido príncipe. A la verdad, si hubiera sido el pretendiente otro, la solución tenía el poder nuevo á la mano: con haber nombrado al duque de Orleans Rey de Francia, confirmando cuantas facultades la Constitución, que discutían entonces los diputados, concediera en sus artículos al Rey, estaba todo arreglado y la fuga castigada con su inmediato natural castigo, el destronamiento. Ejemplos podían cosecharse á granel. En el Compromiso de Caspe, celebrado al fin de la Edad Media, el Parlamento de Aragón excluyó el celebre Urgel de sus derechos hereditarios. La revolución de Inglaterra en 1749 llevó un Rey, Carlos I, al cadalso: y más tarde, rota la República, y tras un entronizamiento fugaz, destronada la dinastía Estuarda, celebróse allí una Convención, á la cual acudieron lores con comunes, quien depuso de la realeza, no sólo á Jacobo II, tan ciego y empedernido como Luis XVI, al inocente hijo de Jacobo II, al príncipe de Gales. Bien es verdad que llamó al forzoso destronamiento abdicación voluntaria, y luego prescindió del heredero, so la jesuítica excusa de que «á los vivos no se les hereda»; pero todo esto era sutileza pura, propia de un pueblo, cuyos gobernantes, á pesar de la sangre germánica, corriente por sus venas, heredaran el carácter jurisperito de la Ciudad Eterna. En Escocia no usaron sus procuradores las pérfidas distinciones hechas por sus congéneres de Londres y expulsaron á los Estuardos; á causa de sus doctrinas, de sus ideas, de su proceder político y religioso. Así, más tarde, cuando la redacción primera del Bill de derechos, excluyó á la casa de Saboya, y luego cuando la redacción definitiva, excluyó, no sólo á la casa de Saboya, sino también á todas las casas católicas, del privilegio de opción por el principio hereditario á la corona británica. Triste ¡ay! es todo esto. Severo, severísimo que las penas hereditarias, abolidas por el justo espíritu de las instituciones democráticas, se conserven todavía en vigor para las familias de los Reyes, y se vean forzados á pedir su aplicación aquellos que más las detestan; pero la responsabilidad no recae sobre los demócratas, la responsabilidad recae muy lejos de cuantos formulamos y pedimos la universalidad del derecho para todos los ciudadanos, las mismas condiciones de dignidad á todos debidas en justicia; la responsabilidad recae sobre los reaccionarios empedernidos y los príncipes ciegos, quienes desconociendo la fuerza con que la revolución ha



grabado en el humano espíritu los derechos individuales, y la fuerza con que ha grabado en las muchedumbres el principio universal complementario de éstos, la soberanía nacional, empéñanse con absurdo empeño en creer que ciertas familias sobrenaturales vienen á la vida con el privilegio vinculado en ellas de regir una sociedad; y al hacerlas solidarias de tutelas, de tradiciones, de privilegios, los cuales tuvieran su razón de ser cuando estaba encorbado el orbe todo bajo la pesadumbre del fatalismo antiguo, pero que nada significan en una sociedad democrática, fundada sobre la igualdad, creen entregarles un derecho incommovible, y en realidad les entregan una corona de espinas como la que han llevado á nuestra vista doña Isabel II y los expulsados hijos de Carlos V en España ó Luis Felipe y Luis Napoleón en Francia; ó un trono, que muchas veces se trueca bajo sus pies en caldaso, donde suelen morir los más inocentes de las castas reales; un Carlos I de Estuardo, un Luis XVI de Borbón ó un Maximiliano de Austria.

Pero, volviendo á las soluciones posibles en Francia, y á la disposición de su Asamblea Nacional, en el horrible caso de la fuga, volvamos á los Orleanses y á la revolución. Nos acontece con los hechos sociales exactamente aquello que nos acontece con los hechos físicos. Lo más difícil es relacionarlos con sus causas. Cuando niños creemos, desconociendo lo idéntico entre la luz y el sonido, que el trueno es muy posterior al relámpago. Las ideas nuevas son el relámpago y las revoluciones materiales son el trueno. Coexisten siempre; pero por la diferencia de celeridad que tienen los hechos y las ideas; por lo puro del pensamiento y lo impuro de la realidad, llegan más tarde las revoluciones sociales hechas á fuerza de acción, que las revoluciones intelectuales hechas á fuerza de ciencia. No busquemos los orígenes de la Revolución francesa en los hechos materiales que la ocasionaran, busquémoslos en las ideas impalpables que de antiguo han surcado la humana conciencia. Este movimiento es resultado lógico del intenso movimiento de esa revolución universal en que van como embarcadas las sociedades modernas desde hace cuatro siglos. Cuando Luis XVI se partía, la revolución, que estaba hecha en la tierra primero, en la industria después, en el sentimiento y en el arte mismo, en la ciencia y su religión, en la filosofía, ó sea en la inteligencia, se hizo en la sociedad, y entonces fué necesario echar más ó menos pronto, las dinastías tradicionales é históricas que representaban una concepción del poder, incompatible con la tierra, con la industria, con el arte, con la ciencia, con el derecho, tales como habían provenido de un movimiento, el cual había hecho la nueva sociedad, el calor de su vida, el alma de su espíritu. La filosofía no pudo menos que atacar el derecho divino. Los Reyes, que se apoyaron en la filosofía, cuando el derecho divino estaba vinculado sobre los Papas, revolviéronse contra la filosofía cuando el derecho divino pasó de las sacras personas pontificales á sus regias personas dinásticas. Así, de implacables enemigos del sacerdocio con Luis XV y Carlos III y José III de Austria, pasaron á devotos del sacerdocio y de su autoridad indiscutible. Cuando vieron que los pueblos de-

seaban mermar su autoridad absoluta se convirtieron todas, absolutamente todas las dinastías tradicionales en enemigas de sus propios pueblos, y amigas de los Reyes extranjeros. Así es que todas las dinastías de derecho divino, todas las dinastías históricas, todas las dinastías seculares, que no han entrado, sino para combatir, en el gran período de la revolución democrática, todas, lo mismo las francesas que las inglesas, lo mismo las francesas que las italianas, lo mismo las italianas que las españolas, todas, son enemigas de estas dos grandes ideas; la idea de libertad y la idea de patria. ¿Por qué cayó el Estuardo primero? Por su complacencia con las ideas teocráticas, ¿Qué buscó Carlos I en su desgracia? Naves para partirse á Francia. ¿Qué buscó Jacobo II en su destierro? La intervención francesa. ¿Qué buscaron sus descendientes? Los ejércitos de Luis XIV, ó el poder de Alberoni. Y lo mismo sucedió en Francia, lo mismo. ¿Por qué rompió Luis XVI la grande armonía entre su trono y su pueblo? La rompió por sus resistencias á la Constitución y á las leyes. ¿Qué buscaba en su fuga? Buscó el extranjero, buscó las bayonetas extrañas, aunque atravesasen el corazón de su Francia. Así, cuando los Borbones volvieron ¡ah! volvieron sobre los lomos del caballo apocalíptico de los cosacos del Don, que se abrevaron en el Sena relinchando, en el Sena, ese río de las revoluciones. ¿Qué pasó con los Borbones de Italia? Inmediatamente que vieron la Revolución, los hijos de Carlos III se juntaron á una con el Papa. Después, dos veces principalmente fueron expulsados de su reino continental y de su absolutismo histórico por los liberales. ¿Quién los repuso en su trono continental? El extranjero, el inglés. ¿Quién los repuso en su absolutismo histórico? El extranjero, el austriaco. ¿Podrá extrañarnos, pues, que buscara Luis XVI en su fuga el extranjero?

Cuando yo veo la fuga de Varennes, declaro que no es una excepción este acto de los Borbones franceses, en el trono entonces, porque todos los Reyes reinantes sobre la Europa de aquel tiempo, no teniendo ideas claras ni de pueblo, ni de patria, eran enemigos de su patria y de su pueblo. Ninguna de las ramas entre los Borbones ha sido tan enemiga de su patria como la nuestra; no digo en los tiempos posteriores, en los tiempos anteriores á la revolución. Contempladla todavía; contemplad su pelo colorado, sus ojos mortecinos, su tez blanquísima, su temperamento, y veréis cómo no hay una gota de sangre nuestra en sus venas, ni un reflejo de nuestro espíritu en sus almas. Felipe V fué un chambelán de Luis XIV. Si puso alguna vez obstáculo á la política de su abuelo, fué tan sólo cuando su abuelo trató de desmembrar los dominios del nieto en provecho de su propia tranquilidad. Si tramó, si alentó la conspiración de Cellemare, fué tan sólo para cambiar el trono de nuestra España, el trono de dos mundos, por la regencia de Francia. Si promovió la conjuración diplomática de Alberoni, si enseñó á los turcos el camino de Viena y á los rusos el camino de Varsovia y á los Estuardos el camino de Inglaterra y á Carlos II de Suecia, chacal coronado, el camino de todos los campos donde libraba el odio humano sus batallas; si peleó en Cerdeña con el Emperador de Austria, y en Sicilia con el Rey de